

Teoría, política e historia: a propósito de Julio Aróstegui

Heraclio Bonilla

Doctorado en historia en la Université de Paris II, 1969. Doctorado en Antropología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1976. Licenciatura en Antropología en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1996. Antropólogo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1963. Docente en las universidades: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1997, Universidad Industrial de Santander, 1997, Pontificia Universidad Javeriana, 1998, Puj - Sede Bogotá, 1998, Universidad Pedagógica Nacional, 1999, Universidad de Cartagena, 2000, École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2003, Universidad Pablo de Olavide, 2003, Universidad Nacional de Colombia, 1995-actual, Universidad de los Andes, 1998-actual. Distinciones académicas: Wenner Gren Foundation Grant, Wenner Gren Foundation, 1995. Grant for Research on "Local Political Elites in XIX and XX Century. Ecuador, Perú, Bolivia and the Philipines", University of California, 1988. Graduate Studies and Research, University Of California Santa Barbara, 1988. Social Science Research Council Grant, Universidad De California, 1988. Wenner Gren Foundation Grant, Universidad De California, 1987. Wenner Gren Foundation Grant, Tinker Foundation Grant for Research on Andean Peasant Community and Conflict, 1986. John Simon Guggenheim Fellow, 1984. Sabatical Grant, Ford Foundation, 1979. Social Science Research Council, 1976. Wenner Gren Foundation Grant, 1971. Becario del Gobierno Francés, 1964.

Investigador invitado

Artículo recibido: 3 de febrero de 2013

Teoría, política e historia: a propósito de Julio Aróstegui

Hace más de tres décadas de paso por el Madrid de la opulencia y de los nuevos ricos, en contraste a la de estos tiempos, encontré en una de las salas del Corte Inglés el pequeño pero importante libro de Julián Casanova La historia social y los historiadores (Barcelona: Crítica 1975). Lo leí de un tirón y debo confesar mi completa sorpresa al constatar la frescura de un libro, escrito en consonancia con la literatura más actualizada del momento, con agudas reflexiones sobre los alcances y los dilemas de la disciplina, es decir de la Historia Social. Además, de haber sido la obra de un historiador muy joven, se trataba de su primer libro, y muy lejos de la celebridad que alcanzara más tarde con sus investigaciones sobre la guerra civil española. Sorpresa agradable decía, porque era el país que menos conocía de Europa, como consecuencia de la promesa hecha a mis amigos españoles en los seminarios de Pierre Vilar, en Paris, y de Raymond Carr, en Oxford, de no poner los pies en España, al menos durante la vida de Franco. Y porque además la historiografía española sobre la América Latina era francamente deplorable, arraigada en la Hispalense de Sevilla y fuertemente vinculada al Instituto de Cultura Hispánica y al franquismo, desde donde se irradiaba, sin pudor alguno, la propaganda sobre el papel civilizador que la metrópoli española habría jugado en las Américas. Obviamente, no todo el panorama era así de negro, porque hubo enclaves, como en Barcelona, donde el contacto con la historiografía francesa permitió el florecimiento de un Jaume Vicens Vives y de sus discípulos y cuyas obras estuvieron a la altura de sus tiempos. Después de todo, con uno de ellos, me refiero a Josep Fontana, los historiadores de habla hispana de ambos lados del Atlántico, tienen contraída una enorme deuda. Tradujo y difundió en castellano, desde las prensas de la editorial Crítica, lo mejor de la historiografía del planeta. Pero, ¿eran ellos españoles o catalanes...?

En todo caso la lectura del libro de Casanova hizo que siguiera con más atención el desarrollo de la reciente historiografía española, y cuyos parámetros básicos para pensar e interpretar la historia de la península había sido el resultado de las investigaciones de Fernand Braudel, Perre y Huguette Chaunu, Pierre Vilar, Noël Salomon (Francia), de John Elliott, John Lynch, Hugh Thomas, Gerald Brenan,

Raymond Carr (Inglaterra), de Earl J. Hamilton, Gabriel Jackson y Stanley Stein (Estados Unidos de Norteamérica). Pero ahora investigaciones nuevas realizadas por competentes historiadores de diversas instituciones académicas tratan de corregir y matizar esos enunciados, y la visión que hoy se tiene de su trayectoria histórica es bastante diferente al del pasado reciente.

Pero si eso ocurre en el terreno de la historia concreta, es decir como proceso real, desafortunadamente no ocurre lo mismo con la reflexión teórica sobre la Historia, esta vez como disciplina, aunque no se trata de una situación peculiar de España. En general, y como consecuencia de la reacción ante una historiografía fundamentalmente especulativa, los dedos de una mano sobran para nombrar a quienes no sólo escriben buenos libros de historia sino que reflexionan sobre las coordenadas analíticas de la producción y de la escritura de la Historia. No son muchos los E.P. Thompson, E. Carr, P. Vilar, P. Anderson, J. Fontana, Michel de Certeau, J. Kocka. Alguien escribió, y con razón, que los historiadores escriben libros de historia pero no saben cómo hacerlo...

Es en ese contexto que sobresalen los libros de E. Hernández Sandoica Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy (Madrid: Akal, 2004), de Justo Serna y Anacleto Pons La historia cultural. Autores, obras, lugares (Madrid: Akal: 2005), del ya mencionado Julián Casanova, y de Josep Fontana La historia de los hombres (Barcelona, Crítica: 2002) pensados y escritos en Madrid, Valencia, Zaragoza, Barcelona. Que se escriba y se piense sobre lo que se escribe es ciertamente notable. De ese grupo hizo parte Julio Aróstegui, Profesor Emérito de la Universidad Complutense de Madrid y cuya muerte acaeció el 28 de enero de este año, en el momento mismo en que salía de las prensas su último libro Largo Caballero: el tesón y la quimera (Madrid, Debate: 2013), la biografía más exhaustiva del militante y dirigente de la República española en el contexto de la guerra civil española de 1936.

Este libro estuvo precedido por otros igualmente importantes como La violencia política de España (1994) y La historia vivida: sobre la historia del presente (2004), pero fue sobre todo su libro La investigación histórica: teoría y método (Barcelona, Crítica: 1995) el que lo hizo conocer tanto en España como en Latinoamérica por el rigor de su exposición y por su apasionada defensa de una historia razonada y razonable frente a los embates de la frivolidad y la superficialidad que caracterizan a muchos libros de Historia. Su recepción fue inmensa e hizo que seis años más tarde, en el 2001, se editara una segunda edición ampliada y cuya lectura es obligada más allá de las controversias que pudiera generar.

Como director de la Cátedra Memoria Histórica del Siglo XX orientó la reflexión y la investigación de sus estudiantes sobre las experiencias más traumáticas de la historia de España, el análisis del contraste entre memoria e historia, como también sobre la necesidad, como en su tiempo lo exigiera Marc Bloch, que el historiador se comprometiera con los dilemas de su tiempo y que no practique la política del avestruz, es decir que no use la coartada del pasado para evadir sus responsabilidades del presente. Todos sus escritos sobre cómo abordar la historia del presente constituyen, en ese sentido, un formidable alegato en defensa de esa posición.

Por la importancia de sus enseñanzas y de sus libros lo invité en la segunda semana de abril de 2011 al seminario que organicé en la Universidad Nacional de Colombia sobre el impacto de la guerra civil española en Hispanoamérica, presencia que aprovechó para dar un curso intensivo a los estudiantes y profesores de Historia sobre la encrucijada de la historiografía contemporánea y cuya repercusión fue inmensa. Había aceptado comentar las conferencias que sobre este tema impartiré en Lima desde el mes de agosto pero el destino decidió de otra manera. Queda el consuelo de sus enseñanzas.

Bogotá, febrero de 2013.